

La Universidad y el Estado

ERNESTO VELIT

Profesor Principal de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Presidente del Instituto Peruano de Polemología. Profesor de Ciencia Política de la Universidad Villarreal.

INTRODUCCION

Había pensado dedicar este artículo a un recuento -no detallado- de lo acontecido en la Universidad Peruana en los últimos años. Sin embargo, los procesos de reorganización académico-administrativa que hoy sacuden desde sus cimientos a varias universidades nacionales, los distintos problemas por los que atraviesa la educación universitaria, la ciencia, la tecnología y la cultura, en un país como el nuestro, que enfrenta desafiante la posibilidad de un nuevo y expectante destino, invitan a cambiar la decisión original.

Creo que más útil que entregar cifras y acontecimientos, es dedicar el tiempo a reflexiones que, por su trascendencia y por la coyuntura universitaria de hoy, no pueden esperar. Me refiero al debate imprescindible sobre la Universidad y el Estado y su relación con el desarrollo nacional.

En las últimas 3 décadas se ha tomado decisiones respecto al Sistema Universitario con la intención, más intuitiva que otra cosa, de aplicar conceptos de carácter económico y financiero al mundo del conocimiento y la cultura y, con ello, particularmente a la Universidad.

El Estado Peruano no ha sido capaz de generar políticas explícitas respecto a la Universidad y su función en el desarrollo nacional. Políticas que deberían ser logradas previo consenso entre quienes son los actores obligados del acontecer nacional, llámense gobierno, parlamento, clase política, intelectuales, medios de comunicación, empresa privada, etc. Creo que es el gran vacío que aun subsiste -intocado- en lo que se ha dado en llamar : "el Nuevo papel del Estado en un proceso de modernización democrática".

Advertimos la poca relevancia que se le concede al análisis del nuevo desempeño del Estado en la creación, difusión y uso del conocimiento y en el fortalecimiento y desarrollo de la cultura. La recuperación nacional en los campos de la economía, de lo social de lo jurídico no alcanzó a la Universidad, la que continúa debatiéndose en una crisis académica y moral que exige esfuerzos y cooperación del Estado y de la Sociedad, esta última tradicionalmente poco sensible a estos avatares.

Las universidades privadas se incrementan y se multiplican desmesuradamente. La proliferación de carreras supera todo

cálculo y la disminución de calidad cada vez es más perceptible. La situación universitaria actual es el resultado azaroso de medidas parciales que muestran la ausencia de una visión de conjunto. Las preguntas sobre cuál es el papel del Estado en relación con la educación superior, la ciencia, la tecnología y la cultura, y la parte que le corresponde a las universidades en este escenario, permanecen todavía sin respuesta.

El propio concepto de Universidad se ha hecho es difuso, inespecífico y hasta contradictorio. Han aparecido entidades que cumplen tareas que competen a la Universidad y que, abusando del vocablo «Educación Superior» -asumen, como institutos, academias, unidades docentes de las Fuerzas Armadas, etc.-, una obligación que históricamente ha correspondido a la Universidad.

Vistas las cosas así, pareciera que a la Universidad ya nada le es propio, que ya nada es capaz de definirla, que bien podría desaparecer y seguramente se produciría un automático reacomodo y sus funciones se distribuirían entre los cientos de instituciones que pretenden hacer lo mismo.

Pero, no cabe duda de que la función principal de una Universidad no es la docencia, la investigación, la creación artística y el desarrollo cultural considerados en forma aislada. No negamos que tales actividades pueden desarrollarse, una a una, y con gran calidad y eficiencia. La tarea de la Universidad es hacer que estas funciones se integren y se potencien, buscando producir, simultáneamente, educación superior, investigación y desarrollo cultural, todo ello procesado en conjunto en un espacio común, facilitando así su penetración en el entramado social, económico y político del país, y permitiendo, igualmente, la formación de personal de alto nivel a través de la calidad de la información que se le entrega, producto de la creación intelectual y de la investigación académica, tan importantes en un país que se moderniza.

En el Perú, triste es decirlo, no se ha logrado determinar cuál es el conjunto de indicadores que califican el desempeño del sistema universitario. Para ésto es necesario una definición socialmente compartida de ¿qué es una Universidad?, ¿cuál es su función en el tejido socio económico, político y cultural del país?, y ¿cuáles son los «productos» que de ella se espera?

La heterogeneidad del Sistema Universitario en el Perú, por la proliferación de universidades privadas e institutos afines, dificulta la calificación de las «clases de universidades» que han sido establecidas en el país. Pero, la universidad estatal, objeto principal de nuestra reflexión, mantiene una original

Correspondencia:

*Dr. Ernesto Velit Granda
Facultad de Medicina de San Fernando
Av. Grau 755 - Lima 1 - Perú*

vinculación con el Estado. Este determina sus estatutos, sus leyes, sus autoridades, su estructura, controla sus recursos, etc., en todo lo cual participa el Gobierno, el Parlamento, la Contraloría General.

Esta relación, en algunos aspectos excesivamente perversa, llega a distorsionar los objetivos propios de la Universidad, a olvidar que la comunidad universitaria tiene responsabilidades que apuntan a la Nación en su conjunto, a diferencia de las universidades privadas que responden generalmente a los intereses elitistas y económicos de sus propietarios.

Por estas y muchas otras razones tenemos derecho a mirar con preocupación el futuro de la educación universitaria en el Perú, si se sigue, como hasta ahora, sin entender adecuadamente las necesidades de estabilización y desarrollo de las universidades estatales.

Los fenómenos de segmentación socio económica que ya se han producido en los colegios, donde los niños se distribuyen en los diferentes establecimientos educativos según los ingresos familiares, ocasionan divisiones odiosas entre las diferentes clases sociales a las que pertenecen nuestra niñez y nuestra juventud. Esta situación, alcanza, desde hace tiempo, también a la Universidad, al extremo de que en el mercado de la actividad profesional se prefiere a los graduados procedentes de las universidades privadas antes que a los que vienen de las estatales. Es claro que esta discriminación depende, además, de la estructura y nivel cultural de la familia.

La aparición de algunas universidades privadas muy eficientes, entre otras razones porque no tienen las limitaciones legales y administrativas de las estatales y cuentan, además, con el apoyo de sectores de altos ingresos, ha provocado una profunda diferenciación entre el sistema universitario público y el privado.

Las universidades del Estado son instituciones masificadas, con ausencia casi absoluta de investigación científica, con instalaciones decrepitas y obsoletas, sobre todo en sus bibliotecas y laboratorios, atendiendo en su gran mayoría a los sectores de la población de ingresos más bajos, con una oferta educacional de muy baja calidad y con el antecedente de haber sido, hasta hace poco tiempo, refugio de grupos contra culturales y extremistas irracionales.

Todo esto es consecuencia de un sistema universitario abandonado a su suerte, sin políticas generales que se especifiquen en mecanismos financieros y jurídico-administrativos orientadores.

Es evidente la presión perversa que ejerce el mercado, incrementando carreras y matrículas sin control ni regulación adecuados. En estas competencias -donde la ética brilla por su ausencia- es impresionante la facilidad con que se califica a algunas universidades estatales, como establecimientos ineficientes y desordenados. En esto, los medios de comunicación cumplen también su tarea, de cierta peligrosidad doctrinaria y política, aumentando con ello la segmentación de la clientela estudiantil, también la de profesores, haciendo al sector estatal de los establecimientos educativos víctimas de

una percepción social errada y favoreciendo con ello a las universidades privadas, que asumen el calificativo de «excelencia» sin contar con méritos para ello.

Las universidades estatales, en franco proceso de proletarización, con sus profesionales devaluados en la competencia del mercado, son incapaces de cumplir su papel de promotoras de la cultura. papel que está muy lejos de asumirlo la universidad privada, más interesada en el crecimiento de matrículas y disciplinas vinculadas a la Gerencia, Economía, Legislación, Comunicaciones, más rentables para el autofinanciamiento, más superficiales académicamente hablando, pasibles de someterse a las tecnologías de marketing y producción y promoviendo una cultura de corto plazo accesible a sus propósitos mercantilistas.

En Europa casi no existen las universidades privadas. Allí, las universidades del Estado tienen más recursos y más prestigio que las privadas y sus profesionales cuentan con alta calificación en el mercado del empleo.

En el Perú, la situación actual del sistema universitario ha originado una sociedad partida en dos, donde se percibe, por ambos lados, pobreza científica y cultural, más grave en los estratos deprimidos económicamente, con una comunidad desintegrada que distingue grandes sectores populares víctimas de la discriminación cultural, sin valor en el mercado de trabajo, debido al poco prestigio de la universidad que otorga el título profesional, y sin esperanzas de que el Gobierno de turno apueste al conocimiento y a la educación superior como palancas fundamentales del desarrollo.

Creo que nadie desea que esta situación continúe. El futuro tecnológico, educativo y cultural de nuestro país exige asistencia técnica masiva. La modernización económica que el país aspira alcanzar a corto plazo se verá entrampada si no se atiende a las demandas de personal calificado. Nuevas realidades sociales y políticas, diferentes desafíos de gestión, exigen mayores capacidades a las actualmente disponibles.

Para asumir las nuevas obligaciones que impone este mundo globalizado es necesario retomar lo que fué nuestra tradición histórica y reconocer que las universidades son importantes y que las universidades estatales no son asimilables mecánicamente al mundo de las privadas, pues tienen objetivos y características que las diferencian.

La universidad pública necesita que sus problemas no sean vistos sólo como requerimiento financiero. Es mucho más que eso. Requiere inversiones y equipos, créditos suficientes, bibliotecas, remuneraciones dignas y, sobre todo, apoyo para desarrollar las ciencias y las artes.

Todo esfuerzo en favor de la Universidad tiene que ver con nuestro destino como país, con nuestra competitividad tecnológica, con nuestra integración como Nación, con nuestra equidad social y nuestra estabilidad política.

Planteadas así las cosas, hay mucho por hacer y debemos hacerlo pronto. Ya empezó el camino a ser desbrozado. Se requiere cambios al interior de nuestras instituciones y muchas decisiones de política de Estado que no deben esperar. Hay de-

masiado riesgo en nuestro futuro para seguir en la como-didad del espectador indiferente. A cada cual nos corresponde una tarea y debemos asumirla. Hay responsabilidad en el Gobierno y en el Parlamento, pero también en la comunidad universitaria, en los medios de comunicación, en la clase política, en los empresarios y en los intelectuales.

Es necesario reflexionar y dialogar diariamente sobre el destino de la Universidad en el país. Intercambiar ideas, y no sólo por el placer del juego intelectual, sino en la búsqueda de un nuevo sistema, en la discusión de ideas fundamentales sobre el mundo universitario y sus problemas.

La universidad no debe ser aislada de su entorno. Tiene que ser rescatada del remolino de la agitación política, de los cambios intensos de la vida social que le roban espacio a la tarea intelectual.

Debe volver a aquellas raíces que alguna vez la hicieron fuente de valores morales y normas éticas, sin lugar para la anarquía, sin renunciar a su racionalidad.

En la medida en que existan quienes aceptan el reto, quienes ocupen un lugar de compromiso y de responsabilidad con absoluta conciencia del riesgo, razones tendremos para mirar con esperanza el futuro de la Universidad en el Perú.